
Cultura, ideología y política en México, 1867-1876

David R. Maciel
Universidad de Nuevo México

Una de las características principales de la historia política moderna de México ha sido el empleo de la producción cultural por parte del Estado, para apoyar y consolidar la ideología y el sistema político dominante, a este fenómeno de una cultura patrocinada y en ciertos casos hasta divulgada por los medios oficiales particulares se ha llamado "la cultura oficial". Aunque los detalles varían, se puede decir que la cultura oficial es una producción cultural nacionalista que destaca las grandes figuras, epopeyas y mitos de la historia de México. Se descuidan los problemas nacionales de actualidad para exaltar el pasado lejano o inmediato. Sus temas predilectos son la historia, el arte, la música y las letras, sobre todo las obras que exalten la mexicanidad. El objetivo fundamental de la cultura oficial es forjar un sentimiento patriótico y nacionalista que estimule el orgullo y la lealtad de los ciudadanos al país y al Estado que los gobierna.² Ejemplos concretos de la cultura oficial hoy en día son "la hora nacional" en la radio, los libros de texto gratuito, las fotonovelas y el cine histórico.

Es el propósito de este ensayo destacar los rasgos principales de la cultura oficial en México en un determinado momento histórico. Como gé-

nero político-cultural, esta manifestación cultural aparece por primera vez en la década de la República Restaurada (1867-1876) cuando una generación de intelectuales y artistas colaboran íntimamente con el incipiente Estado para promover un vigoroso nacionalismo cultural estrechamente ligado al plan político nacional de desarrollo y la ideología principal del grupo dominante.³

Trasfondo histórico

En el verano de 1867, los soldados republicanos lograron el triunfo definitivo contra las fuerzas imperiales de Maximiliano de Habsburgo. Después de su captura y célebre proceso, Maximiliano, en compañía de sus dos fieles generales mexicanos, Miguel Miramón y Tomás Mejía, fueron ejecutados el 19 de julio en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro. Días después la capital cae en manos del general republicano Porfirio Díaz. La entrada de las tropas liberales a la ciudad de México se llevó a cabo al amanecer del 21 de julio; la de Benito Juárez, presidente de la República, tres semanas después.⁴ Estos hechos dan principio a la etapa de la historia de México conocida como la República Restaurada.

Al consumarse el triunfo contra la intervención francesa las circunstancias políticas cambiaron dramáticamente. No sólo se había concluido una larga y costosa guerra contra un invasor extranjero, sino que internamente la prolongada riña entre liberales y conservadores desapareció. La victoria de la República significó la imposición de un sistema de gobierno sobre otro sistema rival y a la vez la derrota definitiva del

monarquismo por el grupo liberal republicano. La República en sí no había dejado de existir, pero como gran parte del país estuvo bajo el régimen monárquico durante algunos años, había que restaurar toda la estructura política tanto estatal como nacional.⁵ La nueva república proporcionaría la primera ocasión en el México independiente que un grupo político, en este caso el liberal, tendría la oportunidad de poner en práctica su programa político sin la amenaza de una contienda contrincante.⁶

Mucho había que hacer y reorganizar en el país. La tarea del partido liberal era extraordinaria.⁷ Existía una multitud de problemas: la tesorería en bancarrota, una exorbitante deuda pública, la carencia general de vías de comunicación, la población indígena al margen del proceso social, el desempleo como problema nacional, el aumento del bandolerismo y de las rebeliones campesinas, el caudillismo y el regionalismo en todo México,⁸ Juárez y el partido liberal se impusieron de inmediato la tarea de reconstruir el país, conscientes de que “una sociedad como la nuestra que ha tenido la desgracia de pasar por una larga serie de años de revueltas intestinas, se ve plagada de vicios, cuyas raíces profundas no pueden extirparse en un solo día, ni con una sola medida”.⁹

Había, sin embargo, varias razones para esperar el comienzo de una nueva era para la nación. Las luchas políticas internas habían disminuido notablemente. La persecución de la reacción fue bastante moderada y por ende los conservadores pudieron incorporarse a la vida nacional sin fuertes impedimentos.¹⁰ Al comienzo

de la República Restaurada, el prestigio de Juárez era inmenso. Dentro y fuera de México se elogiaba su valor, su perseverancia, su entereza, manifestadas en la lucha contra el imperialismo francés. Por último, rara vez había cooperado una constelación de figuras tan distinguidas y prestigiosas como durante la República Restaurada.¹¹

Para el partido liberal la tarea principal no sólo era adquirir el poder político, sino mantener la soberanía.¹² Era necesario ejercer una política nacional, es decir, crear una maquinaria política que fortaleciera el ejecutivo central,¹³ debilitara el federalismo y cimentara las bases para un Estado fuerte.¹⁴ Como bien ha demostrado la historia contemporánea, para crear una nación es indispensable crear un Estado que gobierne eficazmente y represente a la sociedad en general. Hasta aquel momento, no se podía afirmar que México contaba con un Estado. La situación política mostraba todo lo contrario. El México de 1867 no pasaba de ser “una mera denominación geográfica”, en la cual el regionalismo y la patria chica predominaban ante el poder central.¹⁵

La nueva política centralista liberal se implementaría por medio de la manipulación electoral, la legislación, la habilidad política de Juárez y sus colaboradores, el uso de las armas contra el caudillismo regional, la educación y la cultura.¹⁶ A diferencia de otros regímenes, los gobiernos de la República Restaurada emplearían la cultura como parte íntegra de su plan político. Se fomentó un movimiento cultural que abarcaría toda la producción cultural —las letras, el arte, la música, la historia y los textos educativos—.

Este movimiento manifestaría un agudo nacionalismo y una preocupación colectiva por la exaltación de la mexicanidad.¹⁷

Los factores que favorecían los orígenes y el impulso de la cultura oficial fueron varios. Por primera vez desde el comienzo de la vida independiente de México, hubo un período de relativa tranquilidad en el que se le podía dar importancia y prioridad a la labor intelectual y artística. Como acertadamente señaló el escritor Ignacio Manuel Altamirano, “las dictaduras, las guerras de intervención y de Reforma no habían dejado tiempo a los literatos de enfrentarse a los problemas de su oficio, sobre todo si ellos precisamente tomaban las armas, participaban en la política, gobernaban y educaban al pueblo”.¹⁸

Antes de 1867 las letras, la historia nacional y el periodismo se habían empleado para defender una ideología o para atacar otra.¹⁹ El fin de las pugnas políticas entre liberales y conservadores significó que por primera vez en el proceso cultural del México independiente obras culturales dejarían de usarse con fines políticos netamente partidarios. Ahora, el albor cultural se utilizaría primordialmente para lograr la homogeneidad ideológica.²⁰ Otro factor importante para el renacimiento cultural durante la República Restaurada fue el genio de su propia generación. Don Daniel Cosío Villegas asegura que esta generación fue el grupo de ideólogos más brillantes, tenaces y desinteresados que se haya conocido en México.²¹ Un último factor importante para el desarrollo de la cultura oficial fue el pleno apoyo del gobierno. En la tarea de reconstruir al país, los gobiernos de la República Restaurada, los in-

telectuales y los artistas cooperaron íntimamente. Los liberales estaban conscientes de que si bien habían logrado un triunfo político, era indispensable fortalecerlo asegurando un cambio en la conciencia de los ciudadanos.²²

Por medio de la cultura se veía la posibilidad de cambiar las actitudes, creando una conciencia colectiva e implantando las bases educativas y culturales para una incipiente clase media.²³ La generación de la Reforma esperaba que esta clase fuese la futura salvación del país y consciente de estos propósitos emprendió la tarea de promover la cultura. Como ha dicho Carlos Monsiváis:

El nacionalismo del XIX exige de un modo concreto el desarrollo de una conciencia cultural ligada a la idea de nación. El método puede ser artificial, pero lo demanda las necesidades políticas inmediatas. Reafirman un sistema de educación organizado y un culto de símbolos y héroes volviendo entrañable la ideología vencedora ... el nacionalismo es el principio de la comunicación social y los héroes son el punto de partida del nacionalismo: el sacrificio y el genio exigen la forja de comunidades que responden con orgullo y gratitud al regalo de hazañas y conductas intachables.²⁴

Los orígenes de la cultura oficial: las letras

La cultura oficial se manifestó durante la década de la República Restaurada principalmente en la literatura, el arte y la historiografía. Los intelectuales impulsarían un movimiento cultural nacionalista con fines plenamente didácticos y políticos. La creación artística no sería "arte por la belleza pura" sino el arte para el bien del Estado y para fortalecer la cultura nacionalista.

El renacimiento de las letras comenzó con

las reuniones de escritores conocidas como veladas literarias. A fines de 1867, los escritores Luis G. Ortiz y Tomás de Cuéllar tuvieron la idea de reunir a un grupo de amigos para escuchar al español Enrique de Olvarría y Ferrari leer su comedia *Los misioneros de amor*.²⁵ La reunión motivó que renacieran las veladas literarias al modelo de las antiguas academias y ateneos. Así fue que aprovechando el regreso a México del periodista y poeta Guillermo Prieto, Ignacio Altamirano ofreció una velada en su casa el 4 de diciembre inaugurándolas formalmente.

Fue esta la primera de una serie de doce reuniones que se llevaron a cabo con gran entusiasmo. El objeto principal era buscar los medios adecuados para el avance de las letras mexicanas y para estimular la difusión de obras mexicanas especialmente entre los jóvenes.²⁶ Las veladas no tenían horario determinado. Se efectuaron desde noviembre de 1867 hasta fines de '68, y participaron intelectuales de toda tendencia política, incluyendo desde los más liberales como Ignacio Ramírez, hasta los más conservadores como Francisco Pimentel. Se invitaron a escritores de prestigio y a novicios. La voz más influyente entre los que concurrieron fue la de Altamirano, su principal promotor. Otros escritores que se distinguieron fueron: Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar, Ignacio Ramírez y Vicente Riva Palacio.²⁷ Muchos jóvenes dieron a conocer sus obras en estas reuniones, y todos los géneros literarios fueron cultivados y discutidos con gran entusiasmo.²⁸ Estas tertulias indicaron el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la literatura mexicana.²⁹

Cuando, por razones no del todo claras, las veladas literarias se clausuraron, el grupo de literatos que las animó no se disgregó. Siguiendo la ruta nacionalista señalada por Altamirano, sus colegas iniciaron o se asociaron a otras sociedades. Tres de las más importantes fueron La Sociedad Netzahualcoyotl, El Liceo Mexicano y el Liceo Hidalgo.

La Sociedad Netzahualcoyotl optó por recordar el pasado indígena adoptando el nombre del legendario poeta y anunció tres propósitos esenciales: impulsar el desarrollo de una literatura nacional, reformar el teatro y aumentar la publicación de temas mexicanos.³⁰ Altamirano relata en las "Crónicas de la semana" de *El Renacimiento* "que esta asociación fue digna de alabanza por su entusiasmo y por el talento de sus miembros".³¹ Los trabajos que se presentaron en las reuniones de la sociedad se publicaron como "Ensayos Literarios" de la *Sociedad Netzahualcoyotl* tanto en el periódico *La Iberia* como en un folleto que se difundió ampliamente entre los círculos literarios de la capital.³²

El Liceo Mexicano surgió en 1867, al restaurarse la república, cuando José Tomás de Cuéllar convocó a unas reuniones para estimular la formación del arte dramático y la literatura mexicana en general.³³ La sesión inaugural tuvo lugar en la sala de Actos de San Juan de Letrán el domingo 4 de agosto de 1867.³⁴ El Liceo Hidalgo volvió a constituirse para la década de 1870. Ya para el año 1874 sus reuniones se celebraban regularmente todos los lunes por la noche, con una tertulia en honor de una personalidad de las letras nacionales cada tres semanas.³⁵ El 12 de febrero

de 1874 se designó una comisión para formular un reglamento que precisara una nueva organización, cuya finalidad debería ser el adelanto de la literatura y las ciencias en México.³⁶ Entre otras actividades el Liceo proyectó la publicación de una biblioteca de autores mexicanos. Los periódicos en que el Liceo publicó sus actas fueron *El Porvenir* y *El Federalista*, de 1874 a 1876.³⁷

La prensa de la época elogiaba continuamente los estudios de la cultura mexicana que realizaban los miembros del Liceo. En una editorial publicada el 19 de enero de 1876 *El Federalista* declaró: “El Liceo Hidalgo está formando casi insensiblemente una colección de estudios críticos y biográficos que acaban por ofrecer material abundante para la formación de una obra en que se vea como nació y fue adquiriendo vigor la literatura mexicana”.³⁸

Las veladas y las nuevas asociaciones estimularon un movimiento literario que no se había manifestado en México anteriormente. Las actividades y el entusiasmo de estos grupos fueron percibidos por los escritores y el público en general.³⁹ A fines de 1868, Pedro Santacilia, yerno de Benito Juárez, publicó *Del movimiento literario en México*, importante ensayo que trata ampliamente el tema del renacimiento cultural.⁴⁰ En el ensayo, Santacilia adjudicaba en gran medida el esplendor de las letras a la política juarista: “volviendo, con el triunfo de los principios democráticos, el derecho de pensar y la libertad de escribir, tan necesarios para el desarrollo de las letras, sin los cuales son todos puntos estériles las inspiraciones del genio”.⁴¹ Añadió que ahora la política dejaba de “ser una necesidad imprescindible

ble del periodismo y el movimiento literario se convirtió en el precursor de la tranquilidad y el orden". Según el yerno de Juárez, el público, por estar saturado de discusiones políticas, "recibe con placer esas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude, y todo nos hace creer que dentro de poco podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura".⁴²

La popularidad y entusiasmo generados por aquellas reuniones inspiraron en Altamirano la idea de fundar una revista cultural de amplia difusión. Para captar simbólicamente el espíritu que movía al momento histórico, Altamirano la nombró *El Renacimiento*.⁴³ La revista asumió un doble propósito: el de promover el desarrollo de las letras nacionales y el de invitar la colaboración de escritores de toda ideología política y de todos los estados de la república. Este segundo propósito lo expresó muy claramente la introducción del primer número: "Llamamos a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las líneas políticas y aceptamos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común".⁴⁴

El 2 de enero de 1869 apareció la primera edición, con un pórtico que destacaba al Ave Fénix de las letras renaciendo de sus cenizas. En la primera página aparecía Altamirano como director y Gonzalo Esteva como editor. Los redactores responsables eran Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Manuel Derecho y el joven Justo Sierra.⁴⁵ Años después, en una carta, Justo Sierra recordaba la aparición de *El Renacimiento* y comentaba: "Bas-

tante honrosa acogida tuvo la revista, ni siquiera censores e insultadores nos faltaban para asegurar el buen éxito; gustó mucho su imparcialidad, su tolerancia, su entusiasmo por lo bello, su fe respondía a nuestros repiques de alba, poetas, escritores y amigos".⁴⁶

El Renacimiento llegó a ser una revista de varias generaciones, donde colaboraron escritores de los estados principales del país.⁴⁷ El tema que con mayor constancia llenó sus páginas fue sin duda el de la cultura mexicana. El primer tomo tuvo 62 colaboradores; en el segundo, más de 70. Francisco Pimentel publicó en ésta algunos de los mejores capítulos de la obra que habría de ser su *Historia crítica de la poesía en México*.⁴⁸ Altamirano mismo colaboró con estudios sobre los novelistas mexicanos Fernando Orozco y Berra y Florencio M. del Castillo, y sobre la obra musical de Melesio Morales. El novelista José Tomás de Cuéllar escribió un estudio extenso sobre el estado de la literatura nacional. Su propio editor, Gonzalo A. Esteva, publicó un ensayo sobre el conocido jurisconsulto y escritor Rafael Roa Bárcena. Alfredo Chavira, Manuel Orozco y Berra y Pedro C. Paz dieron a conocer estudios importantes sobre arqueología mexicana. Orozco y Berra también publicó varios ensayos históricos importantes.⁴⁹

El Renacimiento ayudó a definir la idea nacional y a unir a los escritores y artistas de una sociedad fragmentada. Por medio de la revista Altamirano y sus colaboradores mostraron un liberalismo que reflejó el equilibrio, la escuela de modernización, la concordia de fuerzas, la tolerancia y el cosmopolitismo.⁵⁰ En el último número

ro de la revista Altamirano pudo ufanarse de que había logrado sus propósitos al fundarla. en una reseña sobre el semanario, Enrique Olavarría y Ferrari comentó: “Sin duda podrán publicarse mejores semanarios, pero ninguno le ha superado ni en la cantidad de firmas distinguidas ni en la calidad de los escritores”.⁵¹

Inspiradas por el éxito de *El Renacimiento*, se fundaron alrededor de 35 revistas similares en la capital y la provincia, siguiendo, por regla general las mismas ideas y propósitos. Entre las más notables fueron *La Linterna Mágica*, *El Artista*, *La Alianza Literaria*, *La República Literaria*, y la *Juventud Literaria*.⁵²

Otro género literario que manifestó un agudo nacionalismo cultural fue la narrativa. En los años que siguieron al triunfo de la causa liberal, la novela mexicana alcanzó un desarrollo que superó en casi todos los aspectos la labor de la primera mitad del siglo.⁵³ En la década de la República Restaurada la novela mexicana deja de tener el invariable carácter de ensayo y adquiere estructura, inspirándose en la observación y el estudio del ambiente mexicano.⁵⁴

Fue Ignacio Altamirano el innovador máximo de la narrativa. Contribuyó con ensayos teóricos sobre la novela de la época, los más importantes publicados bajo el título de *Las revistas literarias de México*. En estos ensayos Altamirano evaluaba el estado de la literatura mexicana de la época. Concluyó que las novelas escritas desde principios de siglo formaban apenas una base sobre la cual había que formular una teoría literaria y una nueva narrativa. Observó que los novelistas mexicanos no habían prestado mucha

atención a la estructura en sí de la novela ni a los temas nacionales.⁵⁵

En su afán de crear una literatura que reflejara la mexicanidad, Altamirano sondeaba enfáticamente la imitación ciega de los modelos europeos: “mientras que nos limitemos a imitar la novela francesa, cuya forma es inadaptable a nuestras costumbres y a nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido más que cantos débiles imitando a los poetas ingleses y a los franceses”.⁵⁶ Según Altamirano, esta imitación indiscriminada se debía a la negligencia de los mismos escritores quienes “han debido dar alimento, desde tiempo a la curiosidad pública con leyendas nacionales”.⁵⁷

Elaborando esta idea Altamirano atribuía a la novela un propósito congruente con la ideología nacional. El escritor consciente debía aprovechar la novela como medio de propaganda para afirmar la conciencia, el orgullo nacional e ilustrar al pueblo. La novela no se debería limitar a proponer recreo y diversión, sino que debía tener una misión didáctica. Podía contribuir a la enseñanza de la moral, al estudio social de los hechos históricos y a inculcar cierta ideología política. La literatura de esa época debería tener una misión patriótica importante, y para ello necesita nutrirse de temas y realidades propias.⁵⁸ Afirma Altamirano:

¿Acaso en nuestras patrias no hay un campo vertísimo de que pueda sacar provecho el novelista? ... Oh, si algo es rico en elementos para el literato es este país... La historia antigua de México es una mina inagotable ... Los tres siglos de dominación española son un ma-

nantial de leyendas poéticas y magníficas ... Nuestras guerras de independencia son fecundas en grandes hechos y en terrible drama.⁵⁹

Mas Altamirano no se conforma con exponer ensayos teóricos sobre la novela, sino que intenta poner en práctica sus teorías, escribiendo *Clemencia* (1869), que trata de la intervención francesa y *La navidad en las montañas* (1870), novela cargada de recuerdos personales en las cuales expone sus ideas sobre la concordia nacional.

El movimiento nacionalista fomenta también al desarrollo de la novela costumbrista e histórica durante la República Restaurada.⁶⁰ La contribución más significativa en el género de la novela costumbrista fue la novela de José Tomás de Cuéllar. Entre sus más destacadas obras se encuentran *El pecado del siglo*, y *La linterna mágica*.⁶¹ La novela histórica abarca temas desde la colonia hasta el día. Representantes de este género fueron Vicente Riva Palacio y Juan A. Mateos. Riva Palacio fue general, político, periodista, historiador y novelista llegando a ser uno de los hombres más ilustrados de su tiempo. Como escritor publicó varias novelas históricas con temas mexicanos: *Calvario y Tabor* (1869); *Monja, casada, virgen y mártir*; *Martín Garatuza* (1869); *Los dos emparedados* (1869); *Los piratas del golfo* (1869); *Memorias de un impostor y Don Guillén de Lampart, Rey de México* (1872).⁶² Juan A. Mateos, periodista, novelista y político, fue uno de los escritores más conocidos de su tiempo. Sus novelas gozaron de gran popularidad durante la República Restaurada y el Porfiriato.

Su obra novelística incluye *El cerro de las Campanas* (1868), una historia popular de la intervención francesa; *El sol de mayo* (1868), que trata del periodo anterior a la intervención; *Sacerdote y caudillo* (1869), novela histórica sobre la vida de Miguel Hidalgo, y *Los Insurgentes*, de nuevo sobre el movimiento de independencia.⁶³

Como consecuencia del desarrollo de la narrativa histórica se estimula el ejercicio de la historia propia. Dentro de la cultura oficial, la historia nacional adquiere una importancia singular y un propósito altamente didáctico. Deja de emplearse para rechazar la versión conservadora o liberal de la historia, como era el caso de las obras históricas de Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora, Lorenzo de Zavala, Fray Servando Teresa de Mier y el conservador Lucas Alamán. La tarea es ahora “fortalecer la lealtad del ciudadano a su patria representada por el gobierno republicano”.⁶⁴

Se luchó por enfatizar e incluso hacer obligatoria la enseñanza de la historia nacional en todos los niveles, desde los grados elementales hasta en la Escuela Nacional Preparatoria. Para cumplir con este fin había que redactar nuevos manuales de historia mexicana. Escritores como José María Roa Bárcena, Eufemio Mendoza, José María Vigil, Guillermo Prieto —y el joven Justo Sierra por medio de sus artículos y textos de escuela— empezaron a desarrollar una aproximación de la historia patria que con pocas modificaciones sigue siendo la interpretación liberal y oficial que ha perdurado hasta la actualidad. Para estos intelectuales, el propósito fundamental de la enseñanza de la historia era clara: crear mi-

tos que den aliento a la nacionalidad y los héroes que la simbolicen; y sobre todo proporcionar un análisis conforme a la ideología política dominante.⁶⁵

El Arte

La creación artística misma evidencia un impulso nacionalista. El arte adquiere nuevos valores y metas. Ya no se trata de estimular las artes sólo por su valor estético, sino de subrayar lo necesario que son para fomentar la nacionalidad y el bienestar general del país.⁶⁶ Según Jorge Alberto Manrique, “éstas están obligadas a contribuir a la reforma del país y de su modernización. Deben también tener un sentido didáctico: ser partícipes de la formación y vigorización de nuestra nacionalidad... El arte, por tanto, debe expresar sentimientos del siglo y nacionales: mostrar el carácter de la nación, relatar sus grandezas, sus heroicidades, sus sufrimientos; debe pintar sus paisajes y sus tipos”.⁶⁷ Varios críticos del arte en la República Restaurada expresan estas ideas en periódicos, revistas culturales y conferencistas. En un artículo dirigido a los artistas mexicanos, Altamirano anotaba:

Teniendo cada día la eterna y serena belleza helénica como el objeto esencial ... puede sin embargo el arte revestir nuevas formas si vale expresarme así, y asumir un carácter nacional que nos pertenezca, porque los eternos principios de lo bello se adaptan a todas partes, persisten todas las formas, ha logrado fundar una escuela nacional más o menos perfecta, pero esencialmente propia. Los artistas mexicanos se han quedado en la admiración por la tradición renacentista, sin seguir lo que en otros países donde se ha logrado for-

mar escuelas con características nacionales respetando siempre la fuente pura de belleza sin excluir de ningún modo el sentimiento patriótico.⁶⁸

Jorge Hammecken y Mexía, un alumno de Altamirano, sigue las corrientes del maestro en su artículo “El arte y el siglo”:

La religión nueva ... alborea ya en nuestro siglo y el artista es profeta ... Un siglo como este debe tener su propio arte... Nuestro arte moderno, el arte del siglo XIX, debe ser realista en la forma, espiritualista, idealista, liberal, progresista en el fondo. El arte por el arte... es una falacia absurda e ilógica, que debe ceder sus altares (al) ideal divino del arte democrático... Tiempo ya es de moverse ... tiempo ya es de recordar las hazanas de nuestros héroes, las lágrimas de nuestras vírgenes, las caricias de nuestras madres, las bellezas de nuestros campos; tiempo es ya de arrojar el guante a esa sociedad corrompida y filistea, de avergonzarla y vencerla con los cuadros del hogar, de la familia, de la libertad y de la patria.⁶⁹

Otros críticos continúan con propósitos semejantes. Uno de los más influyentes de la época, Miguel de Olaguíbel, publica un importante ensayo, “Nuestros artistas, pasado y porvenir”. En él se dirige a los artistas del momento:

... se ha abusado del sentimiento religioso... hay otro sentimiento... el sentimiento nacional, el amor a la patria... oh, lo digo con orgullo, en muy pocas historias han de encontrarse hechos tan heroicos como en la nuestra... si se trata de paisajes... nuestras cordilleras con sus bosques y sus cañadas, nuestras costas de ambos, nuestros ríos, nuestros volcanes... artistas trabajad, sereis grandes porque vuestro campo es muy extenso; para el género histórico contáis con héroes sublimes; para la pintura interior con tipos interesantes y para el paisaje con la naturaleza virgen...⁷⁰

Las observaciones de los críticos indudablemente tuvieron repercusiones en los pintores de la época. Aunque artistas como Pelegrin Clavé, Juan Cordero y Felipe S. Gutiérrez ya habían empezado a incluir retratos mexicanos en sus cuadros, no fue hasta la década de la República Restaurada que se revela el ambiente y el carácter nacional en la cantidad y calidad de obras artísticas.⁷¹

Las instituciones oficiales apoyan plenamente el arte de tema nacional. En la exposición anual de 1869, la prestigiosa Academia de San Carlos anuncia un premio especial para la mejor obra de tema mexicano. La Preparatoria, bajo la dirección de Gabino Barreda, contrata a Juan Cordero para pintar un mural que simboliza la nueva época histórica. Al presentarse la obra al público en noviembre de 1874, Barreda expone en su discurso de inauguración la nueva función del artista:

Asistimos hoy a una solemnidad al parecer excepcional, y que ciertamente no tiene antecedentes en establecimientos de la clase nuestra... la misión del poeta y del artista debe ser sobre todo precursor, debe siempre guiar por medio del sentimiento y guiar forzosamente hacia adelante... Cábele a la Escuela Preparatoria Nacional la gloria de haber abierto un nuevo campo a la estética mexicana: cábele la satisfacción de haber inspirado al genio de un verdadero artista...⁷²

Otros artistas, como Luis Coto, José Jiménez, Javier Alvarez, Gregorio Dumanine y Salvador Murillo se distinguieron en esta época por sus cuadros de temas nacionales. Predominaron en sus obras el paisaje, los rostros, y en la historia del pasado prehistórico y el legado indígena. De

todos, quien sobresalió en esta corriente fue José María Velasco, “el más grande pintor de nuestro siglo XIX”.⁷³ según Justino Fernández. Brillante paisajista, Velasco produjo dibujos y colores de gran calidad, expresando mejor que ninguno de sus colegas la inmensidad y belleza del panorama mexicano. La primera obra que revela su talento fue “Un paseo por los alrededores de México” en la cual expone “un precioso paisaje de grandes contrastes y sombras en las arboledas... e incluye una serie de grupos de figuras bien distribuidas que representan todos los niveles sociales”.⁷⁴ En 1875 terminó y dio a conocer uno de sus mejores cuadros, “El Valle de México” que causó sensación y unánime admiración. En una reseña sobre él, José Martí puntualizó: “detengámonos y admiremos ese notabilísimo paisaje, tan bello como la naturaleza, espléndido como nuestro cielo, vigoroso como nuestros árboles, puro como las aguas apacibles de la majestuosa laguna de Texcoco... El Valle de México es la belleza grandiosa: imponente como ella es el hermoso paisaje de Velasco”.⁷⁵

Dos años más tarde termina su obra maestra, titulada simplemente “México”, la cual, de nuevo, centra en el Valle de México.

La educación

En el plan liberal de desarrollo, la educación era fundamental. Los liberales están de acuerdo que una educación moderna y nacionalista serviría para escalar el deseado cambio de conciencia ideológica y cívica en los ciudadanos.⁷⁶ Los dirigentes liberales se dieron cuenta de que este cam-

bio sólo podía llevarse a cabo mediante una reforma significativa en todo el sistema educativo. La educación poseía el potencial con el cual se podría lograr la solución de algunos de los problemas más importantes del momento y a la vez, el nuevo sistema educativo fomentaría, en el plano nacional, la asimilación del indio, la rendición del peón, la victoria definitiva sobre el poder de la Iglesia, el éxito de la colonización y la sabiduría general del país. En el plano internacional, la educación garantizaría un nivel de igualdad con las naciones del mundo.⁷⁷ Como señalaba Leopoldo Zea, para los liberales: “Reeducar es el problema de la República. Sólo reeducando al pueblo mexicano se le podrá poner a la altura de las nuevas instituciones liberales que rigen al mundo moderno y, con estas instituciones, a la altura de los nuevos pueblos en su marcha hacia el progreso.”⁷⁸

Juárez veía en la reforma educativa “el instrumento que sería menester para terminar la era del desorden y la anarquía en que había caído la nación mexicana”.⁷⁹ El 2 de diciembre de 1867, el presidente Juárez dictó la Ley de Instrucción Pública que regiría en el Distrito Federal ese mismo año.⁸⁰ Juárez afirmó, al decretar la ley, que la instrucción del pueblo “es el modo más seguro y eficaz de moralizarlo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución y a las leyes”.⁸¹ No podía estar más clara la importancia y el papel de la educación en la República Restaurada.

La ley establecía que la educación primaria era obligatoria y gratuita, la cual “será costeadada por los fondos municipales y su número estará re-

lacionado con las necesidades de la población".⁸² Esta ley fue un intento de dar instrucción elemental a todos los niños del Distrito Federal. De este modo la educación pasaba de instituciones privadas a manos del Estado.

Esta ley había sido elaborada, a solicitud del presidente Juárez y del Ministro de Educación Pública, Antonio Martínez de Castro, a una comisión integrada por Fernando y José Díaz Covarrubias, Pedro Contreras Elizalde, Ignacio Alvarado y Gabino Barreda.⁸³ La comisión recomienda una reforma educativa substancial, y Juárez determina que es indispensable encargar esta tarea a alguien con vigor e ideas novedosas, prácticas y que concuerden con el plan político nacional. Su candidato resulta ser uno de los miembros integrales de la comisión: Gabino Barreda.

El doctor Barreda, exponente de la ideología positivista de Augusto Comte en México, había elaborado una interpretación singular de la historia nacional siguiendo los pasos de la teoría positivista, cuyo lema "Amor, Orden y Progreso", parecía sintetizar los objetivos principales de desarrollo nacional. El positivismo se convertiría, por la influencia de Barreda, en una filosofía política, económica y educativa que sentaría las bases culturales e ideológicas de la formación de una incipiente burguesía y que complementaría perfectamente la meta de integración nacional.⁸⁴

El sistema ideológico de Comte se basaba en la ley de los tres estados, la clasificación de las ciencias y la religión de la humanidad. De acuerdo con el positivismo, la sociedad había pasado por tres estados sucesivos de desarrollo: el teo-

lógico, donde se busca una explicación de los fenómenos en lo sobrenatural; el metafísico, donde se explica todo por entidades abstractas, y el positivo, cuando, por medio de la observación de los hechos, la inteligencia trata de descubrir las leyes que rigen la naturaleza.⁸⁵

El sistema ideológico que Barreda adoptó de Comte presupone un sistema educativo que contempla el paso del individuo por los tres estados. Durante la primera etapa el aprendizaje no tendría un carácter formal y sistemático, y el programa comprendería asignaturas como la lengua y literatura, música, dibujo e idiomas extranjeros. Durante el segundo periodo, correspondiente a la adolescencia y juventud del individuo, se iniciaría el estudio formal de las ciencias naturales y sociales, y se incluiría la cultura estética y el estudio del griego y el latín. A través de esta etapa el individuo pasaría gradualmente del estado metafísico a una concepción positivista del proceso social.⁸⁶

No sólo era la educación primaria la que se debía reformar sino también la secundaria y técnica. Con este propósito se fundó la Escuela Nacional Preparatoria. Esta fue la institución pedagógica más importante durante la República Restaurada y el Porfiriato. Inspirada y estructurada por Barreda, representó la expresión más viva de la pedagogía positivista, orientada a los fines de integración nacional y de preparación para las nuevas generaciones de la burguesía mexicana.⁸⁷

Si Ignacio Manuel Altamirano fue el impulsor del nacionalismo en las letras y José María Velasco en el arte, Gabino Barreda lo fue en la

educación nacional. Barreda fue el educador más influyente durante la República Restaurada. Su obra pedagógica refleja la preocupación de integrar una ideología moderna —el positivismo— a la realidad mexicana y al servicio del plan liberal de integración, patriotismo y progreso.

Valorización crítica

La República Restaurada representa una época de transición en el proceso histórico de México. Con el triunfo de la república sobre el imperio francés se alcanza un equilibrio en la política nacional que subsiste cuarenta y cuatro años.⁸⁸ Su logro principal fue desarrollar los cimientos para la creación del estado mexicano moderno. En las palabras del historiador José C. Valadés:

Antes de Juárez, la idea de patria era nebulosa, y si bien es cierto que a conjurar los peligros de una patria acudían los mexicanos que hacían opinión, también es innegable que la mayoría de la población nacional se excluía ella misma de las ideas patrióticas, lo cual no entrañaba desdén y menos deslealtad. Advertía, eso sí, ignorancia, desintegración, incivilidad e inacción molecular. Juárez y la política juarista atrajeron a una masa abúlica, amorfa e insensible a la idea de patria.⁸⁹

Un segundo logro notable se dio en el campo de la cultura, en la cual el movimiento nacionalista efectuó un verdadero florecimiento de las letras y el arte. Hubo un aumento considerable de periódicos y revistas culturales y científicas. Se estimuló la publicación de obras de autores mexicanos y se promovieron la educación primaria, secundaria y preparatoria. Se renovó la discu-

sión de los aspectos de una cultura nacional, el sentido cultural de lo que llegaría a denominarse en el siglo veinte, México y lo mexicano.

Sin embargo, el nacionalismo cultural no alcanzó el éxito esperado por el grupo político dominante. Varios factores impidieron el impacto deseado. En general, sólo una minoría de la sociedad aprovechó las expresiones culturales, ya que la gran mayoría de la población mexicana (las clases populares) estaban al margen del proceso social. Estos sectores no podían obtener una educación básica, y aun si cursaban algunos años de primaria, carecían de recursos económicos para adquirir las obras literarias y, por ende, no lograban una apreciación adecuada de la cultura. Tampoco se ofrecía una visión crítica de la realidad mexicana del momento, sacrificando esta visión a la idea ilusoria de inculcar determinados valores culturales e ideológicos.

Durante la década de la República Restaurada la generación de la Reforma perdió su potencial creativo al no asumir el papel de crítico del proceso social ni de ofrecer posibles soluciones a la problemática nacional. Al contrario, con pocas excepciones, esta generación se dedicó esencialmente a realizar una labor cultural arraigada en la retórica y el apoyo ciego al Estado. Durante la República Restaurada, como en otros momentos de la historia de México, la cultura fue utilizada por los intelectuales y artistas para el beneficio del grupo político dominante, siendo un intento de definir aspectos de la mexicanidad y a la vez, de fomentar el proceso de la nacionalidad. Su falla más acusada fue la notable falta de unión entre una cultura elitista y una sociedad

heterogénea con marcadas desigualdades sociales.

NOTAS

1. Esta ponencia fue presentada en la VI Conference of Mexican and United States Historians, en la Universidad de Chicago, del 8 al 11 de septiembre de 1981, y revisada para esta edición.
2. David R. Maciel, "La cultura en México, 1968-1976". Ponencia presentada en Southwestern Social Science Association Meetings, Dallas, Texas, abril de 1976. A pesar de la importancia del estudio de las características y la función de la cultura oficial en México, hasta la fecha no existen investigaciones serias sobre el tema.
3. La diferencia esencial de la participación de los intelectuales y los artistas en la República Restaurada con otras épocas de la historia mexicana, es que en este período una generación entera que no eran ideólogos aislados colaboraron activamente dentro del plan político.
4. González, *La economía mexicana*, p. 44-46. El ensayo inicial de González sobre la era de Juárez es una de las mejores interpretaciones de esta etapa en la historiografía contemporánea. Para datos bibliográficos completos véase la bibliografía al final de esta edición.
5. O'Gorman, *Supervivencia*, p. 112-14.
6. González, "El liberalismo triunfante", p. 165-68.
7. González, *La economía mexicana*, p. 46-52.
8. Ballard Perry, "El modelo liberal y la política práctica", p. 656-659.
9. Citado en González, *La economía mexicana*, p. 46.
10. Cosío Villegas trata de este aspecto en detalle en su *Historia Moderna*.
11. González, "El liberalismo", p. 169-172.
12. El reciente libro de Ballard Perry, *Juárez y Díaz*, es el estudio más útil sobre la política de este período y del inicio del Porfiriato.
13. Perry, "El modelo liberal", p. 660-65.
14. Valadés, "Derivativos", p. 558-68.

15. Córdoba, "Nacionalismo, socialismo", p. 11.
16. Los estudios de Cosío Villegas y Ballard Perry analizan este tema ampliamente.
17. Maciel, *Ignacio Ramírez*, p. 103-106.
18. Altamirano, *La literatura nacional*, 1:5.
19. González Peña, *Historia*, p. 178.
20. Altamirano, *La literatura nacional*, 1:15.
21. Cosío Villegas, *La República Restaurada*, pp. 16-17.
22. Vázquez de Knauth, "La República Restaurada", p. 200.
23. Larroyo, en *Historia comparada de la educación en México y Zea, Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana* ofrece un examen minucioso de las bases educativas en este período.
24. Monsiváis, "La nación", *En torno*, p.174-75.
25. *El Monitor Republicano*, diciembre 4, 1867.
26. Novo, *La vida y la cultura*, p. 45-48.
27. Martínez, *La expresión*, p. 67-74.
28. *El Siglo XIX*, marzo 8, 1868.
29. Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 11-24.
30. *Reglamento general*, p. II.
31. *El Renacimiento*, marzo, 1875, p. 2-3.
32. *El Federalista*, febrero 29, 1876.
33. Olavarría y Ferrari, *El arte*, p. 72-82.
34. *El Federalista*, septiembre 27, 1976.
35. *El Siglo XIX*, septiembre 14, 1876, p. 1.
36. *El Siglo XIX*, septiembre 20, 1876, p. 4.
37. Perales Ojeda, *Asociaciones*, p. 98-114.
38. *El Federalista*, agosto 25, 1875.
39. *El Monitor Republicano*, noviembre 21, 1875.
40. Santacilia, *Del movimiento*, p. 44-62.
41. *Ibid.*, p. 64.
42. *Ibid.*, p. 72-75.
43. Bátiz, *Indices de El Renacimiento*, p. 49.
44. *El Renacimiento*, enero 2, 1869, p. 2.
45. Bátiz, *Indices*, p. 78-79.
46. Sierra, *Obras*, 6:201.
47. Martínez, "La revista", p. 22-26.
48. Bátiz, *Indices*, p. 80-81.
49. *Ibid.*, p. 82.
50. Martínez, "La revista", p. 29-31.
51. Olavarría y Ferrari, *El arte literario*, p. 85.
52. Spell, "Mexican Literary Periodicals", 68-76.
53. Warner, *Historia*, p. 35-40.
54. *Ibid.*, p. 40-45.
55. Bleznick, "La mexicanidad", p. 52-64.

56. Altamirano, *La Literatura*, p. 39-40.
57. *Ibid.*, p. 42.
58. *Ibid.*, p. 45.
59. *Ibid.* p. 52
60. Warner, *Historia*, pp. 45-50.
61. Novo et al, *La vida y la cultura*, p. 48-52.
62. Read, *Mexican*, p. 205-213.
63. *Ibid.*, p. 213-228.
64. Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación*, p. 47.
65. *Ibid.*, p. 5-16.
66. *Ibid.*, p. 59-67.
67. Manrique, "Arte, modernidad", p. 246.
68. Altamirano, "La pintura heroica", *El Artista*, p. 34.
69. Hammecken y Mexía, "El arte", p. 207.
70. Olaguibel, "Nuestros Artistas", p. 15.
71. Fernández, *El Arte*, p. 56-80.
72. Barreda, *Estudios*, p. 142-43.
73. Fernández, "El siglo romántico", 34-48.
74. Fernández, *El arte*, p. 85-86.
75. Martí, *Arte*, p. 78.
76. Vázquez de Knauth, "La República Restaurada", p. 169-172.
77. Muriel, "Reformas de Barreda".
78. Zea, *Del liberalismo a la Revolución*, p. 83-85.
79. Tamayo, (ed.), *Juárez, documentos*, XVI, 6, 269.
80. Larroyo, *Historia comparada*, p. 273-75.
81. Tamayo, *Juárez*, XV, 8, 234.
82. Citado en Larroyo, *Historia comparada*, p. 276.
83. Zea, *Del liberalismo a la Revolución*, p. 87.
84. Zea, *Positivismo*, p. 28-32.
85. *Ibid.*, p. 133-35.
86. *Ibid.*, p. 135-37.
87. Lemoine, *La Escuela*, p. 51-63.
88. Cosío Villegas, *La República*, p. 13.
89. Valadés, "Derivativos", p. 569.